

El pionero de nuestra fe

En la madrugada del sábado, al alborear el primer día de la semana, fueron

María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Y de pronto tembló fuertemente la tierra, pues un ángel del Señor, bajando del cielo y acercándose, corrió la piedra y se sentó encima. Su aspecto era de relámpago y su vestido blanco como la nieve; los centinelas temblaron de miedo y quedaron como muertos. El ángel habló a las

mujeres: -“Vosotras no temáis, ya sé que buscáis a Jesús el crucificado. No está aquí: Ha resucitado, como había dicho. Venid a ver el sitio donde yacía e id aprisa a decir a sus discípulos: Ha resucitado de entre los muertos y va por delante de vosotros a

Galilea. Allí lo veréis. Mirad, os lo he anunciado”.

Ellas se marcharon a toda prisa del sepulcro: impresionadas y llenas de alegría corrieron a anunciarlo a sus discípulos. De pronto, Jesús les salió al encuentro y les dijo: -"Alegraos". Ellas se acercaron, se postraron ante él y le abrazaron los pies. Jesús les dijo: -"No tengáis miedo: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí

me verán".

Bartolomé Díaz fue un marino y explorador portugués que, en 1488, después de dos años de navegación por el océano Atlántico, alcanzó el punto más meridional –al sur– del continente africano, bautizado con el nombre de “Cabo de Buena Esperanza”. Después de una navegación azarosa, con tormentas y tempestades muy fuertes, que pusieron en peligro la vida de aquellos hombres, descubrieron la ruta marítima que conducía hasta las Indias, cruzando el océano Índico.

Me brota la imagen de los navegantes que, abandonándose a una “intuición”, se lanzaban allende los mares, sorteando toda clase de peligros, para descubrir un nuevo camino. Ellos no sabían de antemano si esa intuición sería coronada con el éxito o con el fracaso, pero se abandonaban a la misma de modo confiado, arriesgando la propia vida. Lo maravilloso de estas historias de navegación es que, una vez que aquellos marineros alcanzaban la meta, dejaban un camino abierto y expedito para todos cuantos vendrían después. El pionero solo contaba con su fe, mientras que los que continuaban

posteriormente aquella empresa, ya poseían en sus manos unas valiosas “cartas de navegación” que mostraban un horizonte cierto.

Creo que podemos establecer un paralelismo entre estas historias de descubrimientos y lo que estamos celebrando estos días del triduo pascual; y especialmente hoy, vigilia de Resurrección. El autor de la carta a los Hebreos nos dice que debemos mantener nuestros ojos fijos en Jesús porque Él es “el pionero y el consumidor de nuestra fe” (Heb 12,2). ¿Por qué mares procelosos ha navegado Jesús, especialmente en los días de su pasión? Por el mar turbulento del alejamiento de Dios, del silencio del Padre, del ocultamiento de la divinidad... Esto es lo que hemos contemplado en la liturgia del Viernes Santo: cómo la divinidad se esconde, al decir de San Ignacio de Loyola. Jesús, guiado por una fe incondicional, se aventura en la exploración de un territorio, hasta entonces inexplorado, al que podemos llamar “infierno”. Pero, ¿cuál es el peligro fundamental al que se enfrenta Jesús al aventurarse hasta los infiernos de la condición humana, donde únicamente se encuentra la espesura negra del pecado? La pérdida de su Padre. En efecto, si el pecado es por definición la pérdida de Dios, y Jesús por amor a la humanidad asume como suyo propio nuestro pecado, Jesús se convierte en un maldito de Dios, en absoluta lejanía con su Padre. En este viaje exploratorio, el más peligroso de la historia humana, Jesús está dispuesto a perder al Padre por llegar al lugar donde se encuentra nuestra humanidad amordazada y esclava. A Jesús únicamente le

guiaba su abandono en una confianza radical en Dios, a pesar de su ocultamiento, y un amor incondicional a los hombres y mujeres de nuestro mundo. Esa fue su única brújula.

Sin embargo, hoy celebramos que este descenso hasta nuestros infiernos no terminó en naufragio, sino que consiguió alcanzar el Cabo de Buena Esperanza. El evangelio de esta noche de pascua lo dice de modo muy significativo, en labios del ángel: “Él va delante de vosotros a Galilea”. Una vez cruzado el punto de la mayor lejanía con respecto a Dios, Jesús encontró abierta la ruta que podía conducirnos de retorno a la casa del Padre. Baja en soledad a nuestros infiernos, pero regresa de ellos habiendo cargado sobre sus hombros nuestra humanidad extraviada. Y de nuevo Jesús, ahora resucitado, acontece a orillas del lago. De este modo, la muerte de Jesús ha cambiado para siempre el sentido del sufrimiento humano, descubriéndonos un horizonte de plenitud hasta entonces desconocido. Si el Padre

ha tenido entre sus manos a este marinero intrépido, que alcanzó las antípodas mismas de Dios, ya no habrá nunca jamás una situación de sufrimiento y oscuridad en la que el ser humano pueda sentirse abandonado. El Hijo ha sido el pionero y el consumidor de nuestra fe.

Por tanto, ¿cuál es la diferencia entre Su Viernes Santo y nuestros viernes santos particulares? Jesús se adentró en una región inexplorada, asumiendo riesgos desproporcionados, para dejar abierta a la condición humana una nueva ruta a través de la cual transitar con certidumbre. Ahora, nosotros tenemos cartas de navegación –los propios evangelios– que nos indican un camino que no acaba en naufragio, sino en salvación: el Evangelio nos grita que nunca estamos solos, a pesar de la tempestad. “Id a Galilea, allí lo veréis”. Por este motivo, nuestro viernes santo, en Su Viernes Santo, puede llamarse con verdad RESURRECCIÓN.

Serafín Béjar Vicario parroquial de Santa Fe y párroco de Peñuelas